

cuanto un rey hace es siempre agradable» (1). Los reyes asirios juzgaban con la vida de sus súbditos más poderosos: uno es muerto por envidia en una cacería; otro es convertido en eunuco, porque la favorita real ha alabado su belleza (2). Para comprender hasta donde puede llegar el genio de la crueldad, es menester ver mujeres en escena. La famosa Parysatis es un ideal en este género. Ciro, su hijo predilecto, fué muerto en la batalla que dió á su hermano Artajerjes. Un Cario y un Persa tuvieron la imprudencia de hacer alarde de haberle dado la muerte. El Gran Rey, que envidiaba este honor, empezó por abandonar al Cario á su madre. Parysatis le hizo dar tormento por espacio de diez dias; despues se le arrancaron los ojos y se le echó bronce derretido por los oidos hasta que espiró (3). El rey mismo, deseoso de pasar como matador de su hermano, condenó al Persa á la pena de la rueda por gloriarse de su accion: nada se ha imaginado nunca tan atroz como ese suplicio (4); ¡el desgraciado murió á los diez y siete dias de tormentos! Quedaba á Parysatis, para consumir su venganza, el hacer perecer al eunuco del Rey, Mesabates, que habia cortado la cabeza y la mano de Ciro. Jugó con el Rey á los dados por valor de mil dárícas, se dejó ganar, y en revancha propuso jugar un eunuco. La Reina ganó; escogió á Mesabates y lo entregó inmediatamente á los ejecutores, ordenándoles que lo desollasen vivo, y que extendieran su cuerpo sobre tres cruces y su piel sobre pilotes. Habiendo manifestado Artajerjes su indignacion por esta bárbara ejecucion, Parysatis se echó á reir y le dijo: «Está bueno, á la verdad, que te enfades de esta manera por un maldito viejo eunuco, mientras que yo, que he perdido mil dárícas, tengo paciencia y me callo» (5).

La desmoralizacion, fruto de la vida del serrallo, influyó en las guerras y en las relaciones internacionales. Los autores antiguos

(1) HEROD., II, 119.

(2) CIROP., IV, 6; V, 2, 28.

(3) PLUTARCH., *Artax.*, 14.

(4) IBID., c. 16.

(5) PLUTARCH., *Artax.*, 17. Puede verse otra historia igual en la venganza que Amestris, mujer de Jerjes, tomó sobre la mujer del hermano del rey (HEROD., II, 108-113).

cuentan rasgos de crueldad que rayan en locura, y que serian increíbles si no estuviesen en armonía con el carácter asiático, tal como se ha formado bajo la embrutecedora accion de la poligamia. Séneca refiere que un rey de Persia hizo cortar las narices á un pueblo entero; la comarca tomó de ahí el nombre de *Rhinocolura* (1). La antigüedad entera estaba falta de humanidad, pero el desprecio de la personalidad humana, que se ve en la conducta de los Persas, no se encuentra ya en la historia: el progreso se manifiesta aún en estas carnicerías. Los Griegos mutilados que se presentaron delante de Alejandro son la justificacion de la conquista macedónica. Es verdad que los Helenos gozaban en la destruccion y que no respetaban la libertad, ni aún la vida de los vencidos; pero se respetaban á sí mismos demasiado para destruir en sus enemigos la imagen de los dioses.

§ III.—Organizacion de la conquista. Condicion de los vencidos.

La mision de los conquistadores es unir á las naciones. Esta mision se revela con claridad en las conquistas de Roma. Llegados los últimos á la escena del mundo, los Romanos se aprovecharon de los trabajos de los pueblos que les habian precedido. Para juzgar á los Persas es menester colocarse en este punto de vista. Si se compara la organizacion de su monarquía con el imperio romano, parece ruda é informe. Pero los Grandes Reyes, que fueron los primeros que emprendieron esta obra, no hicieron más que bosquejar la dominacion universal, que fué ya desde entónces la ambicion de los conquistadores. Juntaron más bien que unieron las

(1) SÉNEC., *De ira*, III, 20. No damos el hecho como auténtico. Es posible que los Griegos hayan buscado una etimología á una palabra bárbara que tuviese semejanza con la de Rhinocolura. Esta suposicion es probable, pues el mismo nombre se encuentra en Egipto. La tradicion explica su origen, atribuyendo al rey Sabakos la abolicion de la pena de muerte; esta pena tal vez hubiese sido sustituida por la mutilacion de la nariz. Los culpables, arrojados de Egipto, edificaron, segun se dice, en los confines de la Siria una ciudad que tomó el nombre de Rhinocolura (DIODOR., I, 60.—LEPSIUS, *Die Chronologie der Aegypter*, I, p. 295).

naciones; este trabajo preparatorio era el único de que eran capaces los nómadas. El héroe macedonio continuará la obra de asociación, y cuando él muera ya habrá aparecido en el mundo el pueblo que deba reemplazarle.

Habia entre los Persas un germen de unidad, la religión: el mazdeísmo enseñaba la fraternidad de todos los creyentes. Si el pueblo que Zoroastro inició en este dogma hubiese sido capaz de comprenderlo y realizarlo, hubiera podido, extendiendo sus conquistas, abrazar á las naciones vencidas en una verdadera y magnífica unidad. Pero la religión de los magos no estaba destinada á tan grande imperio; demasiado poderosa, hubiera impedido el desenvolvimiento del cristianismo, que es superior á ella. La influencia del mazdeísmo sobre los Persas es poco sensible; los fieros conquistadores del Asia no demostraron su apego al culto de sus antepasados más que destruyendo los templos erigidos por el paganismo. No se distingue en ellos ningún rasgo de la facultad de asimilación que los Griegos, y sobre todo los Romanos, poseían en tan alto grado. Los Persas, dice *Herodoto*, dejaban á los reyes vencidos ó á sus hijos la administración del país conquistado (1). Roma no procedía de este modo; si se mostró generosa en la apariencia hacia los reyes aliados, aquella generosidad calculada no le impedía reducir tarde ó temprano sus reinos á provincias. Los pueblos sometidos á la dominación persa conservaban su individualidad; solamente cambiaba el nombre del Señor.

La organización del ejército es como una imagen de esta falta de unidad. Estaba dividido por naciones: á esta costumbre debemos la enumeración de los pueblos que formaban la monarquía persa. El inmenso ejército de Jerjes pasó revista en una llanura de Tracia. Tal vez nunca se han encontrado reunidas en un mismo punto de la tierra tantas naciones diferentes en lenguaje, en hábitos y costumbres. *Herodoto* enumera cincuenta y seis; los pinta con sus rasgos característicos, documento precioso para la historia de la humanidad. Veíanse allí los Indios vestidos de telas de algodón, y los Etiopes cubiertos con pieles de león; habitantes negros de la Gedrosía y tribus nómadas del Asia Central: salvajes que

(1) HEROD., III, 15.

atacaban á sus enemigos como fieras, y los cogían con lazos de cuero; Medos y Baetrianos adornados de ricas vestiduras; Libios conduciendo cuadrigas y Arabes montados en camellos; además marinos fenicios y griegos (1). ¿Qué lazo había entre todos estos pueblos? La necesidad de una dirección única es tan imperiosa en tiempos de guerra, que los Bárbaros mismos la reconocen y se someten á ella. En la grande expedición de Jerjes, los Persas mandaban en jefe á cada nación (2). Pero en tiempos de paz los vencidos recobraban su individualidad, y aún los había que gozaban casi de una completa independencia. Los Fenicios y los Griegos jamás fueron completamente sometidos. Aun en medio del imperio, los pueblos montañoses conservaron su libertad: las tribus nómadas de la Alta Persia y de la Media eludían por su género de vida toda dominación regular (3).

La administración de los países conquistados se concentraba en un solo objeto, el impuesto: es la expresión de la unión material que fundaron los Persas. La explotación de los vencidos ha sido el objeto constante del vencedor en el mundo antiguo. Sin embargo, aún en este rudo camino de la conquista hay progreso. La dominación brutal acabó por convertirse en administración. Si se mira aisladamente el régimen de las provincias romanas, se encuentra el yugo del vencedor duro y opresor; pero si se le compara á la suerte de las naciones sometidas á los Grandes Reyes, ¿qué cambio tan feliz!

Los Nómadas, que invadieron el Asia bajo el mando de Ciro, no tenían idea alguna de gobierno; el ejército permaneció en el país conquistado para asegurar la obediencia y cobrar los tributos. Esta ocupación fué permanente (4); el estado de guerra continuaba en medio de la paz. Se ha dicho que los Turcos estaban solamente acampados en Europa; la palabra puede aplicarse á todos los establecimientos de los Bárbaros. Los Persas habían tenido la ambición de conquistar el mundo; pero, detenidos en su invasión por los Griegos, no pensaron ya más que en gozar; los vencidos

(1) HEROD., VII, 59, s.

(2) HEROD., VII, 96.

(3) HEEREN, *Persas*, Sec. I, c. I (T. I, p. 160 y sig.).

(4) HEEREN, *Persas*, t. I, p. 436, 538 de la trad.

fueron el instrumento de placer para sus señores. Los vencedores miraban las tierras con sus habitantes como su propiedad absoluta (1), y ejercían plenamente el derecho de usar y abusar que los jurisconsultos reconocen al propietario. Por una contradicción singular, la más insolente de las tiranías tenía las más humanas apariencias (2). Calificábase á los tributos de presentes; era en realidad el más vejatorio de los impuestos (3). También la administración de los Persas era, á pesar de sus apariencias dulces y paternales, temida de tal modo, que los pueblos libres del Asia Menor prefirieron abandonar su suelo natal á someterse á ella.

La arbitrariedad y dureza de los impuestos fué el menor mal de los que pesaron sobre los vencidos; el materialismo degradante del régimen asiático se encuentra hasta en la naturaleza de los tributos. Babilonia debía suministrar al Gran Rey quinientos eunucos; los pueblos del Cáucaso le enviaban cada cinco años cien mancebos y otras tantas doncellas. Los Babilonios se sublevaron contra los Persas; en su desesperada defensa llegaron hasta ahogar á sus mujeres, á fin de ahorrar víveres; habiéndose apoderado de la ciudad Darío, gracias al sacrificio de Zopyro, no encontró nada más natural para repoblarla que mandar á las provincias vecinas diesen un contingente en mujeres; á cada nación se le señaló un número determinado: entre todas ascendían á 50.000 (4). La esclavitud griega es, sin duda alguna, una violación ímpia de las leyes de la naturaleza; pero estos tributos de carne humana, esta mutilación regular, permanente, impuesta á los vencidos para servir á los placeres de los vencedores, ¿no son mil veces más envilecedores?

No era sólo el desenfreno del Gran Rey el que había que alimentar. A la cabeza de cada uno de los Estados que componían el imperio, se encontraba un sátrapa que imitaba el fausto, el lujo y las costumbres del señor. Los sátrapas eran pequeños príncipes

(1) HEROD., IX, 116.

(2) Hombres distinguidos se han engañado en este punto: F. Schlegel dice que la dominación de los Persas fué tal vez la más dulce, la más noble que ha existido (*Historia de la Literatura*, t. I, p. 24).

(3) HEROD., III, 89. — HEEREN, *Persas*, t. I, p. 437.

(4) HEROD., III, 92, 97, 159.

con su corte, imagen de la del rey, más bien que funcionarios; sus despilfarros pesaban igualmente sobre los vencidos (1). Tributos al monarca, tributos á los gobernadores, suministros para los fabulosos gastos de la mesa real, un ejército permanente que alimentar, y además perros y caballos, eunucos y mujeres: ¡qué horrible explotación! En verdad, los sátrapas y los Grandes Reyes, deben ser estigmatizados por la posteridad, más que los prócónsules, y pasar en proverbio para señalar las más odiosas exacciones de la conquista. La grandeza del imperio romano y su influencia inmediata sobre la Europa moderna han hecho olvidar los males del régimen asiático; á la historia toca el distribuir la censura con justicia. La administración de Roma, aunque opresora, era un inmenso progreso sobre un gobierno que no tenía más que un solo objeto, el de procurar goces materiales al rey y á los grandes del reino.

La conducta de los vencidos sirve para caracterizar los dos imperios. Los vencidos romanos no trataron jamás de sublevarse contra la Ciudad Eterna; debemos buscar la causa de esta sumisión, no solamente en el poder inmenso de Roma, sino también en la equidad de su administración; más de una nación gozó después de la conquista de una condición material preferible á la que había tenido en su independencia. La Persia ofrece un espectáculo bien diferente. Sin hablar de las continuas sublevaciones de los sátrapas, que apresuraron la decadencia de la monarquía, casi todos los pueblos conquistados, los Babilonios, las ciudades fenicias, las repúblicas griegas, el Egipto, trataron de sacudir su yugo. Apenas murió Ciro, los Medos se sublevaron contra la dominación persa. Babilonia desafió el poder de Darío; tres mil habitantes de los más distinguidos perecieron en la cruz, víctimas de la venganza del vencedor (2). El Egipto se levantó tres veces contra los conquistadores extranjeros, y tres veces vió renovarse las escenas de devastación y carnicería que señalaron la invasión de Cambises (3). Se comprende que los Griegos hayan sufrido

(1) Véanse los detalles dados por HERODOTO (I, 192) sobre las cargas que pesaban sobre los Babilonios.

(2) HEROD., III, 159.

(3) DIODOR., XVI, 51.

con impaciencia el despotismo oriental; pero había en el imperio ciudades enteras exclusivamente dedicadas al comercio, y que no se negaban á pagar tributos; para acabar con la paciencia de los Fenicios, fueron precisas exacciones inauditas; llevadas á cabo por la insolencia de los sátrapas, se sublevaron. Los primeros actos de los insurrectos atestiguan el ódio que la opresión había acumulado en esta pacífica raza; se entregaron á excesos horribles que provocaron sangrientas represalias. Habiéndoles hecho traición su soberano, los habitantes de Sidon se defendieron con la energía de la desesperación, prefiriendo la muerte á la tiranía de sus señores; cuando la ciudad estuvo á punto de ser tomada, le prendieron fuego; el rey vendió, por unos cuantos talentos, el solar de aquella inmensa pira (1).

Tal fué la condición de los vencidos en la primera monarquía universal. ¿Nos atreveremos, después de esto, á hablar de los beneficios de la monarquía persa? Los conquistadores son los instrumentos de Dios; bajo este punto de vista debe haber en sus obras una parte de bien, un elemento de progreso. Sin duda alguna que, si miramos la suerte de los Fenicios y de los Griegos, el régimen persa nos parecerá funesto; pero no todos los pueblos vencidos habían llegado al mismo grado de civilización. Los poetas hebreos nos dan á conocer el estado del Asia occidental antes de la invasión de Ciro: hostilidades permanentes exponían á cada instante á los habitantes á todos los horrores de una conquista salvaje. Los gemidos y las maldiciones que llenan los escritos de los Profetas, han hecho llegar hasta nuestros oídos los gritos de dolor exhalados por las víctimas de estas guerras civiles. Incapaces de salir por sus propios esfuerzos de esta espantosa anarquía, debían los pueblos ver un bienhechor en el conquistador que les proporcionase la dicha de la paz. Tal es, probablemente, el origen de la reputación de humanidad y de dulzura que rodea como una aureola al fundador de la monarquía persa. La paz se compra, es verdad, al precio de la degradación moral de los vencidos; pero aunque el vencedor no demostrase respeto alguno á la dignidad humana, no hacía más que obrar según el espíritu de las poblaciones asiáticas. Los

(1) DIODOR., XVI, 41, 43, 45.

tributos de eunucos y de mujeres, que nos irritan, eran dones voluntarios, al menos en el sentido de que no repugnaban á la moralidad de los pueblos á quienes se imponían.

La paz, fruto de la dominación persa, aprovechó aún á los Griegos. Después de la derrota de los Jonios, dice *Herodoto*, Artaphernes, sátrapa de los Sardos, envió los diputados de las ciudades y les hizo prometer por un tratado que cuando se creyesen lastimados recurrirían á la justicia, sin llegar en adelante á vías de hecho (1). Sin embargo, nos repugna ver un beneficio en la paz impuesta por un vencedor bárbaro á aquellas activas y libres poblaciones helénicas, que desarrollaron las más bellas facultades de la inteligencia en medio de sus disensiones, y para quienes el reposo del despotismo debía ser la muerte. Admiramos más bien á los heroicos Focenses que prefirieron abandonar para siempre su patria que sufrir la esclavitud (2). Pero, si para los Griegos eran bárbaros los Persas, no sucedía lo mismo respecto de los otros pueblos con quienes entraron en relación. Aunque degenerada de su pureza primitiva, la antigua religión de Zoroastro daba todavía á sus sectarios una inmensa superioridad sobre las naciones entregadas al culto de la materia. La religión persa no practicaba los sacrificios humanos que manchaban los altares de casi todos los pueblos del Asia occidental. Los Persas, como más tarde los Romanos, legitimaron sus victorias prohibiendo estos terribles sacrificios. Si damos crédito á *Justino*, Darío llegó á enviar embajadores á los Cartagineses para prohibirles el inmolar víctimas humanas (3). Aunque bárbaros, los Persas no fueron infieles á la ley que la Providencia señala á los conquistadores: ser agentes de la civilización. Esta influencia civilizadora se muestra igualmente en las relaciones internacionales nacidas de la conquista.

(1) HEROD., VI, 42.

(2) HEROD., I, 164. Los compatriotas de Anacreonte abandonaron igualmente su patria; dejaron á Teos, dice *Strabon*, no pudiendo ya soportar la insolencia de los Persas (STRAB., XIV, p. 443, ed. Casaub.).

(3) JUSTIN., XIX, 1.